

VIDA Y PENSAMIENTO  
VOL 28, No. 2 (2008) 203-228

# El dolor humano en el Nuevo Testamento

HUGO ZORRILLA C.

**Resumen:** El NT parte del hecho de que hay dolor y sufrimiento en el mundo como una realidad inherente a la condición humana. El artículo explora cuatro vertientes inseparables del dolor humano en el NT: el dolor humano como comprensión del discipulado, el dolor humano como ámbito de seguimiento, como lugar de servicio obediente, en solidaridad con el crucificado. El dolor de la humanidad actual es la realidad en medio de la cual la comunidad cristiana – ella misma doliente – se encarna en su seguimiento de Jesús.

**Abstract:** In the New Testament we find that pain and suffering in the world is assumed as an inherent reality of the human condition. This article explore for inseparable expressions of human pain in the New Testament: human pain an expression of discipleship, as a dimension of following Christ, as a place of obedient service, as solidarity with the Crucified One. The pain and suffering of humanity today is the reality in the midst of which the Christian community – itself a co-sufferer – incarnates its discipleship.

---

**Palabras clave:** dolor, sufrimiento, seguimiento, discipulado, cruz.

**Key words:** pain, suffering, discipleship, cross.

## 1. CONSIDERACIONES GENERALES

El Nuevo Testamento no especula acerca del dolor humano. No lo niega ni lo soslaya. Lo da por sentado como algo inherente a la existencia humana. Tampoco se plantea las preguntas que se expresan muy a menudo en situaciones dolorosas: ¿Por qué yo? ¿Dónde está Dios cuando me pasó esta desgracia? Que en el mundo hay dolor, que cada vez existen formas malvadas de deshumanizar a las personas, es una realidad que se constata a diario. El Nuevo Testamento parte de la realidad de que en el mundo tenemos aflicciones, sufrimientos, dolores de toda clase.

La cuestión del dolor humano toma un sendero diferente para los escritores neotestamentarios, y se distancia de la creencia de que si se sufre, si hay dolor, es porque algo anda mal. Por eso se asocia el dolor inevitablemente con el mal. Jesús mismo se aparta de la creencia que la calamidad, el dolor que produce la enfermedad es producto del pecado. Entonces Dios no puede estar de parte del dolor y de todo lo que causa sufrimiento. Todo lo contrario, los justos van a sufrir por hacer el bien; los cristianos son perseguidos, asesinados, torturados pero no por ser pecadores.

Si bien es cierto que el Nuevo Testamento no define el dolor en términos clínicos ni hace una dicotomía entre lo que es el dolor físico y el dolor emocional, sí presenta una riqueza de palabras en griego con diferentes matices y abundantes significados, a saber: dolor, clamor, grito, sufrimiento, tristeza, aflicción, padecimiento, llanto, lamento, tormento, tortura, pesar, agonía, ansiedad, angustia, maltrato, daño, tribulación, opresión, depresión, represión, pasión, compasión, maltrato, para señalar las más significativas. En el Nuevo Testamento no aparece el término *dolor* del griego clásico, ni como sustantivo (*álgos*, *álgima*), ni como verbo *causar dolor*, afligir (*algúno*,

*algéo*), de donde se derivan palabras como analgésico, neuralgia y otras palabras que muy a menudo se usan en Occidente en casos clínicos.<sup>1</sup>

Para el Nuevo Testamento el dolor no es un misterio, sino una realidad inherente a la condición humana y un problema existencial con el cual el creyente tiene que bregar. Son numerosas las preguntas que las personas se hacen cuando padecen el dolor o son partícipes silenciosas del dolor. Preguntas como: ¿Por qué Dios lo permite? ¿Dónde estaba Dios cuando pasó esto?, si Dios es amor ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?, si Dios está al lado de los pobres ¿por qué ellos son los que más sufren? ¿Cómo no hizo Dios una existencia menos dolorosa? Desde el Nuevo Testamento y desde la postura creyente las preguntas que se formulan son diferentes. Desde la obediencia a Jesús habrá que reformular las preguntas: ¿Cómo hacer la existencia humana menos dolorosa? ¿Cómo se puede servir a otros desde los límites del dolor? ¿De qué manera el dolor ayuda a entender el seguimiento de Jesús?

Así el dolor humano se puede ver en el Nuevo Testamento desde cuatro vertientes inseparables: (1º) El dolor humano como comprensión del discipulado, (2º) El dolor humano como ámbito de seguimiento, (3º) El dolor humano como lugar de servicio obediente y (4º) El dolor humano en solidaridad con el Crucificado.

*Jesús mismo se  
aparta de la creencia  
que la calamidad,  
el dolor que produce  
la enfermedad es  
producto del pecado.*

---

<sup>1</sup> Para más detalles se pueden consultar: Colin Brown, (ed.). *Dictionary of the New Testament*. Vols 2 y 3 Grand Rapids: Zondervan, 1986; Lothar Coenen, et.al., (eds.). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*. Vols 1-4. Salamanca: Sígueme, 2005; Manuel Guerra. *Diccionario morfológico del Nuevo Testamento*. Burgos: Aldecoa, 1978 y *El idioma del Nuevo Testamento*. Burgos: Aldecoa, 1981, 150ss.

## 2. EL DOLOR HUMANO COMO COMPRENSIÓN DEL DISCIPULADO

El apóstol Pablo, en su condición de misionero y el primer escritor en el Nuevo Testamento, es quien primero tiene que lidiar por escrito con muchas situaciones creadoras de pena, dolor (*lúpei*), sentir dolor o dolerse (*lupéomai, lupéo*), términos de suyo paulinos, a los cuales antepone el gozo nacido del Espíritu. Esta comprensión venía de los textos tardíos del Antiguo Testamento, y sobre todo del helenismo. El gozo en situaciones dolorosas aparece unas 69 veces en Pablo como verbo y 60 veces como sustantivo, posiblemente como sustituto del binomio dolor-placer (*lúpei-jeidonei*) de los hedonistas.

El apóstol reconoce el gozo venido del Espíritu con que los tesalonicenses llegaron a imitar a Pablo y a Jesús a pesar de mucho sufrimiento (*tlípsis*) y aflicción (1Tes 1:6). Luego les confirma que el discipulado tiene en sí las marcas del sufrimiento en la persecución (1Tes 3:4), y él mismo se siente reanimado porque la fe de los creyentes en Tesalónica se robustece en medio de las aflicciones y la persecución (1Tes 3:7).

Pablo se siente crucificado, adolorido, sufriendo en su propio cuerpo como expresión fundamental de esa teología de la cruz. Él mismo lleva en el cuerpo las cicatrices, las huellas, los estigmas de Jesús (Gá 6:17; Ro 6:6), que no son una carga o impedimento en su discipulado. Les recuerda a los creyentes que ellos mismos han crucificado sus cuerpos con sus pasiones o sufrimientos (*páthema*); que conocían las limitaciones físicas del apóstol, y a pesar de la enfermedad que éste llevaba en su cuerpo, ellos recibieron el evangelio con gran alegría. Ellos hasta habrían dado sus propios ojos por el apóstol, y éste está dispuesto a sufrir por ellos de nuevo por la cruz de Cristo: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes.”(Gá. 4:19). Está bien claro

que el discipulado se vive desde la debilidad, desde lo precario de la vida. He aquí los valores del reino al revés de lo que el mundo espera. En esta línea el apóstol afirma más tarde a los corintios que la gloria del evangelio de Cristo la llevan “en vasijas de barro, para mostrar que este sublime poder viene de Dios y no de nosotros.” (2 Cor 4:7).

Para Pablo una existencia marcada por el dolor y la muerte es consubstancial con el discípulo que se encuentra ya *crucificado* con Cristo. El deterioro físico del cuerpo queda descrito con todas sus dolencias y la realidad de la impotencia cuando Pablo utiliza el término *carne* y la metáfora de la enramada. Contrario a los filósofos griegos, él contrapone la idea del espíritu en un cuerpo invulnerable al dolor. No puede aceptar el espíritu sin un cuerpo. Por eso la enramada se transformará en una casa permanente. De hecho sus gemidos no son por los dolores del discipulado, sino porque quiere ser revestido de un cuerpo incorruptible y sin dolor (2 Cor 5:1-4). Para Pedro también es claro que pronto le toca abandonar la enramada de su cuerpo. Metáfora que revela la finitud del cuerpo que con los años se va deshaciendo, se van acumulando dolores que no se pueden evitar porque se está vivo y esta existencia es transitoria (1 Pe 1:24; 2 Pe 1:14).

Pablo insiste en las debilidades en su cuerpo, de cómo tiene una espina clavada para que, según él, no se volviera presumido en su ministerio; que tres veces le rogó al Señor que se la arrancara y el Señor le respondió: *Te basta mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.* La gran paradoja del discipulado es que éste se

*La gran paradoja del discipulado es que éste se practica desde el centro de la debilidad humana, eso sí sin alardes masoquistas, sino desde el vigor espiritual que viene del Espíritu de Cristo.*

practica desde el centro de la debilidad humana, eso sí sin alardes masoquistas, sino desde el vigor espiritual que viene del Espíritu de Cristo. (2 Cor 12:9, 10).

La comprensión que Pablo tiene de la cruz de Cristo le permite aceptar la debilidad humana desde donde parte la gloria del evangelio que avergüenza a los poderosos. Y sólo quiere saber de los corintios acerca de Cristo crucificado (1 Cor 1:18ss). Espera que ellos no se *duelan* y por eso les escribe antes de visitarlos y reconoce que él recibirá *gozo* de ellos *los adoloridos*: “De manera que decidí no hacerles otra visita que les causara tristeza. Porque si yo los entristezco, ¿quién va a darme alegría sino ustedes a quienes he entristecido?” (2 Cor. 2:1-2).

Dentro de su marco de la teología de la cruz, que en sí le recordaba un suplicio romano doloroso, el apóstol señala esa lista de los sufrimientos del discipulado, como antítesis de valores para entender el discipulado: “Nos vemos estrujados, pero no aplastados; en apuros pero no desesperados, perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos.” (2 Cor. 4:8). Por otra parte, él contrasta en el discipulado *los dolores de Dios (katá Theón lípei)* con los *dolores del mundo (tú kósmu lípei)*. Los dolores o tristezas de Dios producen salvación, mientras que los dolores del mundo producen muerte.

Si alguien pudo hablar de dolores físicos en todas sus manifestaciones fue Pablo como discípulo de Jesús. Pues el dolor físico, las angustias y las ansiedades se dan en toda situación precaria y deshumanizante, como él argumenta irónicamente a la iglesia de los corintios en favor de su ministerio: “Tengo la impresión de que a los apóstoles nos ha exhibido Dios en el último lugar en la procesión, como hombres condenados a morir en el circo romano. Hemos llegado a ser espectáculo para todo el universo....Hasta el momento pasamos hambre y sed, andamos mal vestidos, somos tratados brutalmente y no tenemos donde vivir.” (1 Cor 4:9-11). Todo un cuadro lastimoso,

lleno de calamidad, angustia y dolor. En 2 Cor 11:23-30 amplía más esa inteligencia de un discipulado bajo condiciones dolorosas: en trabajos arduos, encarcelamientos, flagelaciones, peligros de muerte, azotes, lapidaciones, naufragios, peligros en ríos, en las ciudades y en el campo, atracos, fatigas, desvelos, sufriendo hambre, sed, desnudez, enfermedad, fiebre y preocupación por las iglesias. He aquí el panorama doloroso del discípulo que lleva en su cuerpo la gloria del Crucificado. Desde el sufrimiento propio y en favor de los que sufren, el discípulo supera sus propios dolores al encontrarse con Cristo.<sup>2</sup>

A los creyentes de Colosas el apóstol les recuerda su gozo personal en los sufrimientos (*pathémasin*) en su cuerpo que le ayudan a completar las aflicciones que le faltan a Cristo. Evidentemente se refiere a los padecimientos que sufre en su ministerio; la vocación apostólica hace que lleve el evangelio a otras regiones. No se trata de que por medio de sus dolores corporales completara algunos dolores físicos más que le hubieran faltado a Jesús en su crucifixión. En efecto, Pablo entiende su vocación discipular anunciando el evangelio para participar y tener mejor comunión en los padecimientos (*tén koinonían tón pathemáton*) de Jesús, para así llegar a ser semejante a él en su muerte (Fil. 3:10).

Un discipulado inteligente tiene que pasar por el sentido de «entrega» aún en circunstancias de dolor. Pablo lo comprendió bien cuando usa el verbo entregar (*paradídomi*) para Jesús que sufre como víctima obediente. Así se entiende el amor sacrificial. Por eso nada doloroso separa a los creyentes de ese amor: ni tribulación, ni angustias, ni persecución, ni hambre, ni desnudez, ni peligros, ni espadas (Ro 8:35; Mr 10:33-34). Ese mismo amor sacrificial lo

---

<sup>2</sup>Juan A. Estrada. “Desde el sufrimiento encontrarse con Dios” en *Communio* 32 (1999), 150.

entiende también Juan como *entrega* de Jesús con la connotación de ofrecimiento u ofrenda salvífica; que los creyentes también tienen que aceptarse como ofrendas para los demás: “En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros. Y nosotros debemos entregar la vida por nuestros hermanos.” (1 Jn. 3:16).

### 3. EL DOLOR HUMANO COMO ÁMBITO DE SEGUIMIENTO

La persona creyente sigue a su Señor a pesar de sus situaciones de quebranto, dolor, sufrimiento, pena y tormento, aunque el cuerpo se vaya desvaneciendo. Ese seguimiento no se da a larga distancia ni por temporadas de prosperidad y buena salud. Ninguna situación dolorosa separa a la persona creyente del compromiso con Cristo. El dolor y otras limitaciones humanas harán que entienda el dolor de los demás. No vivirá sin entrañas ante las necesidades de los demás, como dice Juan: “Si alguno tiene bienes materiales y ve que su hermano necesita ayuda, pero le cierra el corazón (las entrañas), ¿cómo puede permanecer el amor de Dios en él?” (1 Jn. 3:17).

Cuando Jesús llama a sus seguidores no les da un plan de trabajo, unas metas definidas, ni siquiera un presupuesto. El seguimiento está ubicado en un espacio marcado por lo precario en un ámbito de inseguridad, persecución y tortura con el peso y horizonte de la cruz: “y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.” (Mt 10:38), “...tome su cruz y sígame.” (Mr 8:34; Mt 16:24; Lc 9:23). Los cristianos de todos los tiempos y en todas las culturas, hombres y mujeres que quieren seguir a Jesús, han encontrado siempre que este seguimiento tiene dolores y que con el seguir a Jesús encuentran el bálsamo para sus propias dolencias y padecimientos. Saben por fe y experiencia que el espacio de seguimiento es su propio *viacrucis*. Esto quiere decir que el lugar del seguimiento es un ámbito de padecimientos, donde se perfila esa capacidad, que viene del Espíritu, de sufrir dolor por

otros (*pathétos*), es decir, ese espacio privilegiado donde no se puede ser apático.

Sin embargo, el dolor entendido en clave de seguimiento no es algo enfermizo. Es una comprensión y, si se quiere, una hermenéutica del seguimiento que muestra que seguir a Jesús implica posiblemente la muerte; que el ambiente es de represión para Jesús y para quienes le acompañan. En otras palabras, es caer en la cuenta de las sensibilidades, quebrantos y desventuras de las personas carentes de dignidad humana. Seguir al maestro es ir por un camino de inseguridad, de dolor, de rechazo, de tortura y quizás de muerte.<sup>3</sup>

*El seguimiento está ubicado en un espacio marcado por lo precario en un ámbito de inseguridad, persecución y tortura con el peso y horizonte de la cruz...  
... este seguimiento tiene dolores y que con el seguir a Jesús encuentran el bálsamo para sus propias dolencias y padecimientos.*

En el Cuarto Evangelio no se menciona la cruz como ámbito de seguimiento. No obstante, la narración se enmarca en un ambiente de represión y violencia organizada desde las autoridades. En este evangelio todos los personajes saben que van a matar a Jesús de un momento a otro. Su ministerio es “crónica de una muerte anunciada”. Aun sus discípulos sufren la angustia de seguirlo: “Vamos también nosotros, para que muramos con él” (Jn 11:16; cf. 11:8). La frase *por miedo a las autoridades judías* señala desde el principio del evangelio que Jesús es víctima de ataques (7:13; 9:22-24). Aquellos que tienen el poder en sus manos tratan de matarlo (5:16-18; 7:30, 32; 7:44ss.; 8:40; 10:31, 39).<sup>4</sup> Él mismo anticipa a sus seguidores que “si a mí me han

<sup>3</sup>José María Castillo. *El seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1987, 114ss.

<sup>4</sup>Hugo Zorrilla. “The Obedient Disciple: Agent of Liberation (John 8:31-32)” en Daniel S. Schipani ed. *Freedom and Discipleship: Liberation Theology in an Anabaptist Perspective*. Maryknoll: Orbis Books, 1989, 17-33.

perseguido, también a ustedes los perseguirán” (Jn 15:20; cf. 15:18); que en el seguimiento hay la posibilidad de sufrir la muerte: “...cualquiera que los mate pensará que le está prestando un servicio a Dios.”. No sorprende, entonces, porqué se ve más tarde a los discípulos paralizados detrás de las puertas cerradas *por miedo a las autoridades judías* (Jn 20:19). De hecho, el miedo no sólo paraliza sino que se padece hasta la enfermedad.

Los primeros cristianos, a pesar de las situaciones adversas, son ejemplos para comprender el seguimiento por encima de toda atmósfera represiva. Como fue el caso de los creyentes en Jerusalén que fueron desplazados por la persecución y llevaron el evangelio a otros lugares (Hech 11:19). El caso de los creyentes en Tesalónica es significativo. Pablo testifica del gozo que los creyentes tienen a pesar de los sufrimientos, lo que los hace ejemplo para los creyentes en toda Macedonia y Acaya (1 Tes 1:6, 7). Por supuesto, la alegría cristiana en ambientes dolorosos es hoy un desafío para los creyentes y un problema para la iglesia acomodada y burguesa. Otro ejemplo de seguimiento en ámbito de dolor e inseguridad es el de los creyentes en Macedonia. Éstos a pesar de que se encontraban bajo la presión de la más severa aflicción y en extrema pobreza, abundaban en la alegría de Dios (2 Cor1:6; 8:2), no se sentaron a lamentarse por el dolor que los asediaba, sino que participaron generosamente en la ofrenda para los pobres en Jerusalén.

*... el miedo no sólo  
paraliza sino que se  
padece hasta la  
enfermedad.*

Para Pablo son evidentes las limitaciones humanas en el seguimiento de Jesús. Pero el Señor ha cumplido su promesa al enviar su Espíritu. La comunidad creyente ya no vive bajo la angustia del temor. Sus sufrimientos del tiempo actual (*tá pathéimata tú nún kairû*) no se

pueden comparar con el gozo presente y la gloria venidera (Ro 8:18). Así que como hijos de Dios viven copadeciendo (*sumpásjomen*) con Cristo. Su dolor en los padecimientos no será nunca comparable a la coglorificación (*sumdoxastbómen*) con él.

*... la alegría  
cristiana en  
ambientes dolorosos  
es hoy un desafío  
para los creyentes y  
un problema para la  
iglesia acomodada  
y burguesa.*

El discípulo Timoteo recibe la enseñanza del apóstol de seguir a Jesús de tal forma que no apele a una vida tranquila, cómoda y fácil. En ese ámbito de seguimiento, Pablo le recuerda al discípulo lo que aquél ha sufrido en su cuerpo por el evangelio, “por el que sufro al extremo de estar encadenado como un criminal...” (2 Tim. 2: 9). A continuación el discípulo escucha lo que ha aprendido de la manera de vivir del maestro en su seguimiento de Jesús, en lo que llama *mis persecuciones, mis padecimientos*. Timoteo sabe todo lo que sufrió el apóstol en Antioquía, Iconio y Listra, para asegurarle que toda persona que quiera seguir de cerca a Jesús sufrirá persecución (2 Tim 3:10-13; 4:5). Pablo, preso bajo las autoridades romanas, tenía mucho que decir de sus dolores y cadenas. Él no se avergüenza de su testimonio por el evangelio de Jesús, e invita a su discípulo a que lo siga en solidaridad copadeciendo con él por el evangelio (2 Tim 1:8).

La persona creyente se pone en el camino del Crucificado dispuesta a vivir el dolor por los demás y no con falso mesianismo. Más bien reconoce sus debilidades y dolencias personales y se hace solidaria con los dolores de las demás personas, como los filipenses ayudaron a Pablo en sus aflicciones (Fil 4:14). De hecho, él les anticipa que *todo lo que le ha sucedido* ha sido para bien del evangelio y para reanimar a muchos creyentes ante el acoso de las autoridades (Fil 1:12ss.).

El ámbito de seguimiento en el dolor no es una alucinación ni un alucinógeno que tranquiliza los dolores. La llamada de Jesús no tranquiliza en un ambiente hostil y violento.<sup>5</sup> Cargar la cruz es complicidad de vida, es confrontar las causas del dolor en el mundo, es denunciar situaciones opresoras de injusticia. Cargar la cruz es una dolorosa incomodidad en la que es necesario el amor sacrificial (Jn 13:34; 15:12, 13). Aceptar esta verdad lleva a la persona creyente a no compadecerse de sí misma, sino a ser sensible en su dolor a las demás personas, no para autocompadecerse sino para acompañarlas en su dolor. Como J. I. González Faus expresa:

*Ni autoafirmarse con el dolor ajeno ni desentenderse de él; ni mendigar con el dolor propio ni endurecerse con él. Entre ese doble escollo parece serpear la senda estrella que perfila la ética jesuánica del dolor, al nivel personal.<sup>6</sup>*

Un caso puntual y sorprendente es el caso de Jesús con diez leprosos. Uno de ellos era samaritano, o sea triplemente leproso: física, social y étnicamente estaba fuera de toda posibilidad de aceptación. Jesús sana a los diez de ese azote físico. Sólo el extranjero, el samaritano, regresa al camino de Jesús para agradecerle (Lc 17:11ss.). Ponerse en el camino de Jesús, como tantos otros que él sanó, es reconocer el origen, causa y razón de toda curación como señal del reino. Otro dolor agudo, muy paralizador es el dolor que produce el rechazo por el color de la piel o el origen étnico. Los samaritanos eran impuros desde la cuna, cerdos salvajes para la gente de Judea. En los evangelios de Lucas y Juan,

*El ámbito de  
seguimiento en el dolor  
no es una alucinación  
ni un alucinógeno que  
tranquiliza los dolores.  
La llamada de Jesús  
no tranquiliza en un  
ambiente hostil  
y violento.*

<sup>5</sup> Castillo, *El seguimiento de Jesús*, 120ss.

<sup>6</sup> José Ignacio González Faus. *Acceso a Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1987, 108.

Jesús da un ejemplo lapidario de la solidaridad con los *invisibles* de la sociedad, los deshumanizados, con aquellas personas que han perdido todo derecho a ser tratados como seres humanos debido a la marginalidad y alienación. En Juan 4 él no sólo atraviesa Samaria como en Lucas, sino que entabla un diálogo hermoso con una mujer samaritana. No sólo eso. Su camino de dolor lo lleva al pueblo de los samaritanos y, aun más, se queda con ellos, convive con ellos dos días. He allí un ámbito completo de dolores por la marginalidad y la alienación social.

Los evangelios no niegan el dolor de las enfermedades. Jesús cura a los enfermos atormentados (*basanídos*) como los leprosos y endemoniados. Las curaciones no tienen seguimiento clínico en los evangelios, pero es evidente que la participación de Jesús en ellas era motivo de liberación de todo tipo de dolor y de no pocas incomprendimientos. Ciertamente es que muchos le siguen por intereses personales, y que encuentran muy difícil seguir su camino por las exigencias que ello conlleva. Entonces no es de extrañar que nueve de los leprosos no vuelvan por el camino a Jesús. Muchos de sus discípulos al oír su enseñanza pensaron que ésta *era muy dura* y ya no quisieron seguirlo: *volvieron atrás y ya no lo seguían*. (Jn. 6:60-66).

A la persona creyente le parece que el dolor humano es un sinsentido, una paradoja en el camino de la fe. Pero se enfrenta a él con la esperanza en las promesas del evangelio de que un día tendrá su bienaventuranza gloriosa. Sí, porque Jesús les asegura a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran, a los aborrecidos, a los vituperados, a los desechados, a los compasivos, a los pacificadores, a los perseguidos, que serán consolados. El reino de Dios les pertenece, tendrán la tierra por heredad, serán saciados, alcanzarán compasión, serán hijos de Dios y verán a Dios (Mt 5:3-12). Toda esta realidad está impregnada de esperanza gozosa, un anhelo indecible por lo diferente, por lo totalmente otro. Una realidad basada en lo vivo del

camino del seguimiento que relativiza toda desesperanza. Las personas que siguen fieles toman en serio la realidad dolorosamente injusta del presente pero, al mismo tiempo, se enfrentan con una reserva viva abierta al futuro escatológico con la capacidad y fuerza del Espíritu por un cambio más humano.<sup>7</sup>

El vidente de Patmos ve la multitud que sale enblanquecida con la sangre del Cordero de una aflicción (*thíseos*) muy intensa. Dios extenderá su enramada, señal de un peregrinaje histórico en apuros. Esa multitud fiel ya no estará hambrienta ni sedienta; el Cordero la pastoreará y la llevará a fuentes de aguas corrientes, y Dios le enjugará las lágrimas (Apoc 7:14-17).

Más tarde en su visión del cielo nuevo y la nueva tierra, Juan ve la ciudad santa con la enramada de Dios y cómo Dios morará con los seres humanos que son su pueblo. “Él secará toda lágrima, no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor, porque todo lo primero ya ha pasado” (Apoc. 21:3,4).

Lo expresado arriba no se debe leer como un intento de parada cómplice en el camino, un silenciar las injusticias dolorosas de hoy. Todo lo contrario. No es resignarse a la hostilidad sangrante del mundo. Es vivir anticipadamente el gozo de los bienaventurados del reino. Vivir inconformes, intranquilos y activos para que en la medida en que se llora con los que lloran, los causantes de tanta lágrima sean desenmascarados; o como expresa J. Moltmann: “Aquel a quien Dios ha justificado protesta contra la injusticia de este mundo.”<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup>Manuel Fraijó. *Jesús y los marginados*. Madrid: Cristiandad, 1985, 128-31.

<sup>8</sup>Jürgen Moltmann. *El camino de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 1993, 259. Cf. Edward Schillebeeckx. *Cristo y los cristianos: Gloria y liberación*. Madrid: Cristiandad, 1982, 800-805.

## 4. EL DOLOR HUMANO COMO LUGAR DE SERVICIO OBEDIENTE

La práctica cristiana es tal en tanto que es diaconía obediente ante el clamor de las personas que más se duelen. Desde esa obediencia se entiende la respuesta de Pedro y Juan a las autoridades en Jerusalén frente al hombre que habían sanado: “Juzguen ustedes mismos si es justo delante de Dios obedecerles a ustedes en vez de obedecerlo a él. Porque nosotros no podemos dejar de hablar lo que hemos visto y oído.” (Hch 4:19, 20).

Allí donde yace el dolor de las personas se sitúa la diaconía de la comunidad creyente porque Dios está allí en medio del dolor y la angustia de la otra persona, y está dispuesta a sufrir con los que sufren porque ha visto y ha oído algo que ha marcado su existencia para siempre. Sabe que el Señor padeció, sufrió en su cuerpo, y ahora ante el dolor de otras personas debe tener la misma actitud (1Pe 4:1). Ese lugar de servicio se identifica escuchando lo que Dios quiere decirle desde el dolor, y entonces se presenta como ofrenda viva a Dios sufriendo en las aflicciones, llorando con los que lloran (Ro 12:1, 12-15), de tal manera que el servicio cristiano se obedece desde la propia debilidad, haciendo el bien aunque se sufra (1 Pe 3:13, 17), pues es glorioso si se sufren daños y padecimientos en el nombre de Cristo (1 Pe 4:17, 9).

La primera carta de Pedro se formula y organiza en el contexto de una comunidad creyente que experimenta dolor a nivel colectivo y personal como exiliados, perseguidos y alienados. La clave para entender este texto es el sufrimiento en un mundo hostil de una comunidad que se hace lugar de encuentro a pesar

*La práctica  
cristiana es tal en  
tanto que es  
diaconía obediente  
ante el clamor de  
las personas que  
más se duelen.*

de lo precario de su situación (1:6; 2:11-15; 3:9-17; 4:12-19). El ambiente de persecución y sufrimiento hace que los creyentes sean una iglesia como pueblo de Dios, activo y sufriente, capaz de dar testimonio, anuncio martirial, de las bondades liberadoras de Dios.

En medio de la inseguridad social, el sufrimiento será temporal porque pronto vendrá la renovación y la fortaleza de parte de Dios (5:10). Posiblemente algunos de esos cristianos preguntarían en su dolor: “¿Por qué estamos en esta situación dolorosa de persecución si seguimos al Señor?”, o quizás “¿por qué a las personas buenas les suceden cosas tan adversas?”. Por lo tanto, Pedro les anima y orienta haciéndoles ver que al sufrir lo hacen como Cristo sufrió, es decir, que ahora ellos viven en concreto lo que significa llevar la cruz. Además, esta es una señal de su diaconía fiel por lo cual se deben alegrar, ya que el Espíritu de Dios reposa en ellos. Por eso Pedro los anima a que sean comprensivos y compasivos o capaces de sufrir por otros (3:8).

En un tiempo la comunidad de fieles no era nada, no eran pueblo. Ahora en Cristo es mediadora de la gracia de Dios, real sacerdocio, pueblo adquirido por Dios. Luego, desde su papel de mediadora en el dolor, esta comunidad creyente iba a sufrir no por hacer el mal, sino paradójicamente haciendo el bien. De esta manera su vida de servicio cristiano en un mundo hostil no va a ser fácil. Pedro les asegura que la persecución y los conflictos les vendrán, que tienen que seguir haciendo el bien a los que los persiguen, que perseveren en su fe aun en ese ambiente de sufrimiento y alienación injustos. Esto no es nada nuevo pues ya Cristo mismo lo vivía en su tiempo (2:21ss; 3:17-22).

No se descarta que en situaciones de dolor, como la comunidad petrina, sea posible descubrir desánimo, confusión, infidelidad y desesperanza. No es fácil aceptar que quien está sufriendo siga en su obediencia a Jesús reanimando a otros adoloridos y alienados. Sin embargo, la solidaridad con los que sufren hace que la comunidad de

creyentes se redima en la presencia del Espíritu, salga de sí, y ayudando y sirviendo a otros alivie y cure su propio dolor o haga más alegre la situación dolorosa dentro de la misma comunidad. Cada persona debe hacer buen uso de su diaconía conforme al poder que Dios le ha dado para los de adentro y para los de afuera. La razón última de todo no es que se sienta bien, ni siquiera que otros la aprecien, sino que Dios sea glorificado en todo (4:7-11). El centro de atención no es la persona que realiza cierto servicio en su seguimiento a Jesús, no es tampoco la otra persona adolorida, ni siquiera es el lugar de esa diaconía. El centro a donde se dirige todo es Dios mismo, porque él es el compasivo por excelencia.<sup>9</sup>

## 5. EL DOLOR HUMANO EN SOLIDARIDAD CON EL CRUCIFICADO

El dolor y miedo que paralizaba al núcleo de discípulos en Jerusalén después de la crucifixión no fue diferente al descorazonamiento de los caminantes de Emaús. La entrega a muerte de su Maestro fue una experiencia más allá de todo cálculo humano. Son precisamente las huellas del suplicio de la cruz y las marcas en el cuerpo de Jesús resucitado, las que recuperan la fe de ambos grupos y establecen el reencuentro con el Resucitado (Jn 20:20, 27; Lc 24:39,40). La comunidad cristiana de Jerusalén, en la plenitud del Espíritu, toma su tarea de testigo a partir de las últimas palabras de Jesús: “Me serán testigos” (Hch 1:8). Y es precisamente ese testimonio (*marturía*) que los va a diferenciar de cualquier otro anunciador o charlatán. Se convierten en anunciadores de las buenas nuevas hasta la muerte (mártires) si es necesario. Los primeros cristianos no se avergüenzan de sufrir en solidaridad con el destino de Jesús. Incluso, están

---

<sup>9</sup> Castillo, *El seguimiento de Jesús*, 69. Cf. Walter Kasper. *El Dios de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 1994, 189ss.

*La solidaridad de la comunidad creyente en su testimonio la lleva a sufrir toda clase de penas, prisiones y muerte.*

dispuestos a sufrir toda clase de vejaciones y suplicios hasta la muerte. En su primer discurso Pedro marca la pauta de la proclamación neotestamentaria. La *marturía* tiene que reconocer que Jesús fue entregado, sufrió flagelaciones y murió como un criminal en la cruz romana. Pero que por el poder de Dios resucitó, librado de los dolores (*tá jodínas*) de la muerte (Hch 2:23,24); renaciendo, en otras palabras, a una nueva vida.

Con tantas palabras para dolor en griego Lucas prefiere usar aquí *jodín*, que aparece en el Nuevo Testamento sólo siete veces y siempre para referirse a los dolores de parto.

La solidaridad de la comunidad creyente en su testimonio la lleva a sufrir toda clase de penas, prisiones y muerte. Saulo asolaba en su tiempo a la iglesia, arrastraba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel. En esa atmósfera de violencia muere Esteban y después Jacobo. Los cristianos sienten que sus dolores son señales de su seguimiento a Jesús resucitado.

Ellos se extienden, dentro y fuera de Palestina, por todo el imperio, testificando de una vida nueva, con nuevos valores, y se solidarizan con las necesidades de otros. Empiezan a vivir la fe que anunciaban creyendo que pronto vendría el Señor de nuevo. Comenzaron a ser señales del reino prometido, compartiendo todo para que no hubiera entre ellos ningún necesitado. No escribieron nada. De hecho, los Evangelios aparecieron después de las cartas de Pablo, pero los creyentes compartían también las enseñanzas que habían oído en el ministerio de Jesús. Los prodigios y señales que se hacían en el pueblo, no es difícil aceptar que eran dirigidos, en primer lugar, a ser señales del reino o presencia de Dios; en segundo lugar, señales que legitimaban sus testimonios como seguidores de Jesús y, en tercer lugar, que continuaban en la línea

del ministerio de Jesús que sanó dolencias, que se interesó por los marginados, desahuciados, enfermos y adoloridos.

Desde entonces las comunidades creyentes de todos los tiempos saben que si quieren seguir a Jesús lo mejor es vivir sus enseñanzas. Efectivamente, enseñanzas como Mt 5:1-7:29 o 25:31-56 nunca han perdido su vigencia. De hecho recuerdan que Jesús es uno de esos adoloridos, hambrientos, sedientos, extranjeros, desnudos, enfermos, encarcelados, discriminados. Pues estar con ellos, los más pequeños del reino, es estar con Jesús.

Es preciso tener en cuenta que la proclamación del evangelio en palabra y hechos se va decantando con lo que después se concreta en los Evangelios. La proclamación parte de un Jesús histórico, ajusticiado, flagelado, crucificado. El asunto toma otra dimensión cuando es precisamente un africano (el etíope) que introduce, en su discusión con Felipe, una imagen doliente (patética en el sentido griego) del Mesías en la comprensión de Jesús (Hch 8:6ss.; Is 53:1-5):

.... No había en él belleza ni majestad alguna;  
su aspecto no era atractivo  
y nada en su apariencia lo hacía agradable.  
Despreciado y rechazado por los hombres,  
varón de dolores, hecho para el sufrimiento.  
Todos evitaban mirarlo;  
fue despreciado, y no lo estimamos.  
Ciertamente él cargó con nuestras enfermedades  
y soportó nuestros dolores,  
pero nosotros lo consideramos herido,  
golpeado por Dios, y humillado.  
Él fue traspasado por nuestras rebeliones,  
y molido por nuestras iniquidades;  
sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz,  
y gracias a sus heridas fuimos sanados.

Este cuadro lastimero del Siervo de Yahvé caló muy hondo en la cristiandad primitiva, y en particular en los evangelistas, para aplicarla al Jesús histórico como el Mesías esperado. Jesús vivió en medio de privaciones y padecimientos o pasión (*pásjo*) Este verbo *pásjein* aparece unas 40 veces en el Nuevo Testamento y la mayoría se refiere a los padecimientos de Jesús. En los Evangelios Sinópticos aparece 12 veces, mientras que el Cuarto Evangelio no lo utiliza. Juan ve la pasión de Jesús, sus dolores y padecimientos humanos desde otra óptica. Juan alude a los sufrimientos y muerte de Jesús como elevación y glorificación (3:14; 8:28; 12:32; 17:1ss.): el Hijo del Hombre será levantado o el Padre glorificará a tu Hijo. En los Evangelios Sinópticos, por otra parte, Jesús mismo anuncia tres veces que es una necesidad que él padezca y muera, y que al tercer día resucite (Mr 8:31; 9:31; 10:33, 34).

Aunque sus seguidores pensaron y anunciaron que al maestro Jesús de Nazaret le caía muy bien el nombre de Siervo Sufriente,

*Aunque sus seguidores  
pensaron y anunciaron  
que al maestro Jesús de  
Nazaret le caía muy bien  
el nombre de Siervo  
Sufriente, y que su  
ministerio en mensaje y  
en obras representaban las  
aspiraciones del Mesías  
anticipado en Isaías, no  
quedan indicios de que  
Jesús buscaba o  
privilegiaba el dolor.*

y que su ministerio en mensaje y en obras representaban las aspiraciones del Mesías anticipado en Isaías, no quedan indicios de que Jesús buscaba o privilegiaba el dolor. La clave de su quehacer mesiánico era el gozo escatológico que eliminaba toda situación de dolor que deshumanizaba. Pues bien, Jesús no se detiene, ni formula maneras de eliminar el dolor humano. Sabe que esa realidad dolorosa es antagónica con todo lo que entiende del reino de los cielos. Además, el dolor de los demás no lo eliminó de buenas a primeras. Los actos de sanidades, la compasión por los hambrientos, la aceptación de los niños e

inclusión de las mujeres fueron «obras» o «señales» que anticipaban los valores del reino de Dios. Por eso cuando Juan Bautista se enteró de las obras que Jesús estaba haciendo envió a sus discípulos para averiguar si Jesús era el Mesías, *el que había de venir*, Jesús sólo le envía a Juan este mensaje: “Cuéntele a Juan lo que oyen y ven: Los ciegos ven, los cojos caminan, los que tienen lepra son sanados, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia las buenas nuevas” (Mt 11:4, 5; cf. Lc 4:18, 19).

Para Jesús era más importante la persona humana total. En todo lo que la deshumanizaba Jesús se hace cercano, no para elaborar una teoría nueva acerca del dolor, o una filosofía de la existencia humana. Sana, seca las lágrimas, se estremece, se duele, se compadece, se conmueve como Siervo Sufriente, Maestro y Nazareno. Su postura radical entra en conflicto con las autoridades religiosas para quienes era más importante cumplir la ley del sábado que la vida feliz de una persona.<sup>10</sup> Si bien es cierto que Jesús no elabora una ética del dolor, también es cierto que en sus palabras y hechos el ser humano es centro y motivo de su propia mesianidad. Libera al ser humano del abuso manipulador de Dios que hacen las ideologías dominantes y que resulta insoportable para la gente sencilla en de su tiempo.

Pero, otro aspecto fundamental en los evangelios, para acercarnos más a Jesús de Nazaret, es su actitud y práctica feliz y libre de hacerles a otros la vida agradable. Él no elimina el dolor de una vez y para siempre, pero sí establece formas alegres para vivir una vida relajada y, si se quiere, feliz, despreocupada y llevadera. Los hombres y mujeres que le seguían, así como las autoridades religiosas, conocían de sus gustos por visitar amigos, comer aún con pecadores. Es proverbial

---

<sup>10</sup> González Faus, *Acceso a Jesús*, 95ss.; X Léon-Dufour. *Jesús y Pablo ante la muerte*. Madrid: Cristiandad, 1982, 33ss; Rinaldo Fabris. *Jesús de Nazaret: Historia e interpretación*. Salamanca: Sígueme, 1985, 203-226.

que era “un comilón y un bebedor, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11:19). Él muestra a seguidores y críticos que su convivencia es anticipo del banquete escatológico en las bodas del Cordero (Apoc 19:7-10).

Un estudio más detenido de los relatos de los evangelios mostraría cómo los seguidores de Jesús de Nazaret se fueron configurando en una pequeña comunidad festiva, franca, abierta a la gente común y corriente. Una compañía de discípulos diametralmente opuesta en su estilo de vida a los discípulos de Juan y de los fariseos.<sup>11</sup> Para los discípulos ser solidario con Jesús era motivo de felicidad en medio de situaciones radicales. Jesús tiene compasión de la gente y «extiende la mesa» para que todos coman con él como anfitrión (Mr 6:34-44; Mt 14:14-21; Lc 9:11-17; Jn 6:1-15). Él, que no tenía domicilio propio, que sintió en su cuerpo el rechazo de su propio pueblo y su familia.

Por cierto, el Cristo resucitado es reconocido a la hora feliz de la comida (Lc 24:28-31; Jn 21:12, 13). De hecho, la experiencia de convivir con el Maestro, de comer juntos, debió ser una experiencia imborrable para sus seguidores lo cual sirvió para tenerlos unidos, y para mantener viva la presencia del Resucitado. De tal manera que cuando él ya no estaba físicamente con ellos, se reunían a cenar juntos y a compartir el pan y el vino. De ahí que Pedro en su discurso en la casa de Cornelio, hace notar que los seguidores de Jesús son los testigos de las cosas que él hizo; que fue colgado en un madero; que Dios hizo que se manifestara resucitado a ellos que habían comido y bebido con él (Hch 10:39-41; 1Cor. 11:17-34)). Esta nueva realidad reinterpreta al Jesús como el Mesías de Dios y le da validez desde la fe para sus discípulos que vieron lo que sufrió y cómo murió como un criminal y un subversivo.

---

<sup>11</sup>Edward Schillebeeckx. *Jesús: La historia de un viviente*. Madrid: Cristiandad, 1983, 187-197.

## CONCLUSIÓN

El dolor en las personas para el Nuevo Testamento es un asunto fundamentalmente de comprensión encarnacional que sitúa a la comunidad creyente en el sendero de Jesús. Lo que está aquí en el centro del problema no es la eliminación del dolor, como si el evangelio fuera un analgésico, sino el desafío de la praxis cristiana en una sociedad insolidaria ante toda clase de padecimientos, dolores, quebrantos, angustias y desventuras para la persona humana desde la hondura de su fragilidad.

Es muy evidente que el Nuevo Testamento no esconde la realidad humana del dolor. Desde muchas comunidades creyentes, en diferentes tradiciones y contextos, esa realidad está entre ellas como marca de la condición humana con toda su debilidad y finitud. El dolor sirve como clave de acompañamiento para entender el quehacer de Jesús como señal del reino de Dios. Además, no se entiende el testimonio martirial evangélico en todo ese amplio abanico de experiencias neotestamentarias sin una comunidad creyente sufriendo encarnada en la realidad cruel del ser humano.

Pero igualmente, desde el seguimiento del Jesús que se duele, la iglesia peregrina asume su testimonio como señal del reino en obediencia martirial. La alienación, la tortura, la discriminación, la explotación, el secuestro, los abusos de toda índole y todo ese rosario de injusticias producen dolor. A la comunidad creyente no le queda otra alternativa que estar allí donde Jesús ya prometió estar. Pero le toca caminar ese *viacrucis* desde el sendero doloroso de los crucificados en la gracia y fuerza del Espíritu de Dios.

La comunidad de los fieles se ve transformada en su quehacer con los que sufren, no sólo porque se siente el cuerpo de Cristo, sino porque se siente también débil, privilegiada por el clamor agudo del

Espíritu de Dios (Ro 8:26). Allí en el horizonte de dolor, la comunidad se encarna en el dolor de los que sufren: en millones de refugiados y extranjeros en su propia tierra, en millones de niños abusados, victimados y abandonados, en millones de mujeres deshumanizadas, en medio de familias sin presente digno ni futuro humano, en millones de personas sistemáticamente torturadas por los que tienen en su mano la clave de la animalidad, en millones de personas abandonadas como basura en las grandes ciudades, centros del consumo y el despilfarro. Esa comunidad doliente no puede hacer otra cosa que encarnarse en el dolor del mundo desde el recuerdo del Maestro: “Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de los más pequeños de estos hermanos míos, lo hicieron por mí.” (Mt 25:40).

*Hugo Zorrilla es graduado del Seminario Bíblico Latinoamericano y de la Universidad de Costa Rica; PhD en Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Fue miembro del grupo de traductores de la Nueva Biblia Internacional y Profesor de la Universidad Pacífica de Fresno California hasta su jubilación. Actualmente reside en Ephrata, Pensilvania, donde coopera con el Comité Central Menonita como conferencista y traductor.*

## Bibliografía

Bermejo, José Carlos. *Sufrimiento y exclusión desde la fe. Espiritualidad y acompañamiento*. Santander: Sal Terrae, 2005.

Brown, Colin, (ed.). *Dictionary of the New Testament, 4 Vols*. Grand Rapids: Zondervan, 1986.

Castillo, José María. *El seguimiento de Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1987.

Coenen, Lothar (ed.). *Diccionario teológico del Nuevo Testamento 4 Vols*. Salamanca: Sígueme, 2005.

Dufour, X. Léon. *Jesús y Pablo ante la muerte*. Madrid: Cristiandad, 1982.

Estrada, Juan A. *El camino de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 1993.

\_\_\_\_\_. “¿Desde el sufrimiento encontrarse con Dios?” en *Communio* 32 (1999) 103-115.

Fabris, Rinaldo. *Jesús de Nazaret: Historia e interpretación*. Salamanca: Sígueme, 1985.

Fraijó, Manuel. *Jesús y los marginados*. Madrid: Cristiandad, 1985.

Friedrich, Gerhard. *Theological Dictionary of the New Testament 9 Vols*. Grand Rapids: Eerdmans, 1968.

García-Baró, Miguel. *Del dolor, la verdad y el bien*. Salamanca: Sígueme, 2006.

González Faus, José Ignacio, *Acceso a Jesús*. Salamanca: Sígueme, 1987.

Granados, José. “Toward a Theology of the Suffering Body” en *Communio* 33 (2006) 541-563.

Guerra, Manuel. *Diccionario morfológico del Nuevo Testamento*. Burgos: Aldecoa, 1978.

\_\_\_\_\_. *El idioma del Nuevo Testamento*. Burgos: Aldecoa, 1981.

Kasper, Walter. *El Dios de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 1994.

Kreiner, Armin. *Dios en el sufrimiento: Sobre la solidez de los argumentos de la teodicea*. Barcelona: Herder, 2007.

Latourelle, René. *El hombre y sus problemas a la luz de Cristo*. Salamanca: Sígueme, 1984.

Le Breton, David. *Antropología del dolor*, Barcelona: Seix Barral, 1999.

Metz, Joham Baptist. “Cómo hablar de Dios frente a la historia de sufrimiento del mundo” en *Selecciones de Teología* 33:130 (1994) 99-106.

Moltmann, Jürgen. *El camino de Jesucristo*. Salamanca: Sígueme, 1993.

\_\_\_\_\_. “La pasión de Cristo y el dolor de Dios” en *Carthaginensia* 8 (1992) 641-665.

Peregrino Salcedo, Roberto. *Jesús, el dolor que cura de palabra*, Buenos Aires: San Pablo, 1994.

Schillebeeckx, Edgard. *Jesús: La historia de un viviente*, Madrid: Cristiandad, 1983.

\_\_\_\_\_. *Cristo y los cristianos: Gracia y liberación*. Madrid: Cristiandad, 1983.

Thiede, Werner. *El sentido crucificado. Una teodicea trinitaria*, Salamanca: Sígueme, 2008.

Urs von Balthasar, Hans. “Joy and the Cross” en *Communio* 31 (2004) 333-344.

Varone, François. *El Dios «sádico». ¿Ama Dios el sufrimiento?* Santander: Sal Terrae, 1988.

Volkenandt, Matthias. “Fe y dolor” en *Selecciones de Teología* 30:117 (1991)13-20.

Zorrilla, Hugo. “The Obedient Disciple: Agent of Liberation (John 8:31-32)” en *Freedom and Discipleship: Liberation Theology in an Anabaptist Perspective*. Daniel S. Schipani, ed. Maryknoll: Orbis Books, 1989, 17-33.